

Los militares en los cien años del Ateneo de Mahón (4/05/06)

Francisco Fornals Villalonga

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón nace en 1905, en una población que ya un siglo antes tuvo una Sociedad de Cultura, en cierto modo precursora del Ateneo Científico, Literario y Artístico. Aquella Sociedad estaba formada por intelectuales, y se limitaba al intercambio cultural entre los escasos miembros que la formaban, mientras que el Ateneo, desde sus orígenes, tenía vocación docente y deseos de instruir a las clases más privadas de la cultura de nuestra ciudad. Sus aulas estuvieron siempre abiertas a todos los niveles sociales de Mahón, y a toda la isla de Menorca. No en vano asumió el espíritu de la Extensión Universitaria que le había precedido unos años antes de su fundación.

La sociedad mahonesa, a principios del siglo XX, cuando se fundó el Ateneo, era una sociedad en crecimiento, con clases sociales muy compartimentadas, que disponía de medios económicos muy limitados, y hasta entonces poco en contacto con otros núcleos industriales o comerciales. El nivel medio cultural no era muy elevado y solo una minoría tenía una formación intelectual elevada, por lo que era muy conveniente impartir conocimientos a estas clases carentes de ellos y elevar el nivel de aquellos que tenían una formación elemental. Y a ellos dedicó el Ateneo sus desvelos, con el convencimiento de

que la cultura era el medio para favorecer el progreso de la sociedad menorquina. Por otra parte, se estaba superando el trauma que supuso la pérdida de Cuba y Filipinas, colonias con las que la isla de Menorca tuvo estrechos lazos comerciales.

La construcción de la fortaleza de Isabel II, en la Mola del puerto de Mahón, desde mediados del siglo XIX, suponía una fuente de trabajo y riqueza para el puerto de Mahón, su ciudad, y para la isla entera. Pronto, al iniciarse las obras, la masa laboral isleña se demostró insuficiente para cubrir la demanda laboral de una obra tan inmensa, y como había ocurrido dos siglos antes con la ampliación del castillo de San Felipe, se tuvo que recurrir a la mano de obra foránea. En esta ocasión, se cubrió con ibicencos y mallorquines, que llegaron al poco tiempo, y algunos de ellos permanecieron después en la isla.

Para la construcción de la fortaleza vinieron a Menorca un reducido grupo de jefes y oficiales de un prestigioso cuerpo técnico, el Cuerpo de Ingenieros, fundado por Próspero de Verboom a comienzos del siglo XVIII. Primer cuerpo técnico del Estado, a cuyo cargo estuvieron además de las obras militares del Reino, las obras civiles del país: carreteras, puertos, vías fluviales, riegos, urbanismo, etc., su nivel y prestigio no había dejado de crecer, y a principios del siglo XX era una institución plenamente acreditada, formada por hombres de un gran nivel intelectual y técnico. Esos hombres titulados como ingenieros militares, fueron los que llegaron a Mahón, y unos pocos formaron aquí su familia contrayendo matrimonio con menorquinas (Pascual-Rubió).

Los distintos cuerpos y armas del Ejército Español estuvieron representados en la isla desde antiguo, poco después del ataque de Barbarroja, en 1535, llegó a la isla la primera compañía de Infantería al mando del capitán Girón de Rebolledo. Desde entonces, la presencia militar española en la isla fue constante, a excepción del periodo de ocupaciones y dominios, británico y francés, durante algo más de 80 años del siglo XVIII. No obstante, el número de unidades castrenses fue reducido y, por ello, la influencia más allá de lo militar no fue significativa hasta el momento de la iniciación de la fortaleza de la Mola.

Como decíamos, los primeros en llegar a la Mola fueron los prestigiosos ingenieros militares, después llegaron los artilleros, que vinieron a guarnecer las numerosas baterías que habían erizado de cañones la fortaleza, y por último la Infantería, que en determinados momentos llegó a tener dos regimientos. Esto supuso, a principios de siglo XX, la presencia de más de un centenar de jefes,

oficiales y suboficiales, por no citar a los cuerpos de especialistas, imprescindibles para mantener en funciones aquellos materiales tan sofisticados.

Estas familias, formadas ya, o que se formaron con menorquinas, supusieron una aportación humana y social que indudablemente elevó el nivel medio cultural, al principio, de la ciudad de Mahón, y más tarde, de toda la isla, cuando las baterías de la Mola pasaron a montarse también, durante el primer tercio del siglo XX, en Favàritx, Llucalari y Biniancolla. También la Armada Española, con la Base Naval de Mahón, contribuyó a este enriquecimiento cultural, al incorporar en Mahón a un numeroso grupo de oficiales y suboficiales de la Marina de Guerra Española.

Entre los militares miembros del Ateneo, en esta centuria ateneísta de Mahón, podemos citar algunos que destacaron, no sólo en el Ateneo sino también por sus colaboraciones en la *Revista de Menorca*:

Infantes: V. Guarner, L. Lafuente, L. Moncada, J. Seguí, J. Vidal, A. Victory.

Artilleros: J. Albertí, F. Castells, J. Cotrina, V. Fornals, Cots.

Ingenieros: F. Fornals, M. Rubió.

Marinos: P. Cardona, E. Hediger, J. Riera.

En la creación del Ateneo participaron dos militares mahoneses: Juan Seguí Rodríguez y Antonio Victory Taltavull, el primero, inquieto fundador y colaborador de la *Revista de Menorca*, podemos considerarlo como un precursor del Ateneo Científico, Literario y Artístico, en cuya fundación no pudo participar por su prematura muerte en 1891, cuando contaba solo cuarenta y cuatro años; el segundo fue presidente de esta institución desde sus comienzos, en 1905, hasta su fallecimiento en 1931. Le siguió en la presidencia José Cotrina. Ambos militares tienen una marcada colaboración con la *Revista de Menorca*, parte muy significativa de la vida del Ateneo, aunque no dependiera de él hasta más adelante. Lorenzo Lafuente, otro militar mahonés, fue también miembro activo del Ateneo, desde el cargo de secretario, que ocupó desde sus inicios hasta su muerte, al principio de la Guerra Civil Española, en el buque prisión *Atlante*. También en este primer periodo del Ateneo, otro militar, Vicente Fornals, ocupó el cargo de secretario durante los años 1918 y 1920.

En estos treinta años del Ateneo, los militares son los que dirigen los primeros pasos de esta prestigiosa institución cultural, que, superada la Guerra Civil, ha alcanzado los cien años.

El desarraigo de los militares con el Ateneo se inicia con la Guerra Civil,

cuando violentamente se les arranca del Ateneo al ser casi todos asesinados en la Mola o en los barcos prisión: Lafuente, Vidal, Cots, Cardona, etc. Otros se ven obligados a ausentarse de la isla.

Esta situación se mantiene después de la Guerra Civil, cuando los militares dejan de figurar en el Ateneo desde puestos de dirección, como lo había sido antes de la contienda, colaborando ahora desde cargos de menor responsabilidad, aunque algunos como miembros de la Junta Directiva.

Serán ahora abogados, médicos, catedráticos, profesiones liberales los que dirigirán el Ateneo de Mahón. Son menorquines la mayor parte de ellos, lo que influirá, sin duda, en el carácter de nuestra institución, ahora más localista y menos universal, como lo fue al principio bajo la influencia de Alabern y Pérez de Acebedo, que habían aportado al Ateneo un aire más abierto a influencias externas, empleando el menorquín para expresar los sentimientos locales, como lo hicieron Lafuente y Filaor. Ahora se empleará cada vez más la lengua catalana, que incluso llegará a ser lengua oficial del Ateneo y de la *Revista de Menorca*.

El empleo oficial del catalán como lengua oficial limitó el ámbito de la institución, que con el castellano de sus primeros tiempos había tenido un ámbito más universal, mantenido por los militares, Victory, Cotrina, y los funcionarios, Alabern, de Hacienda y Pérez de Acebedo, catedrático del instituto de 2ª enseñanza de Mahón.

Los militares mantuvieron, como dijimos, los aires ultramontanos del Ateneo trazados por sus fundadores. El primer presidente, Antonio Victory, había estado en Filipinas ejerciendo brillantemente sus funciones castrenses, y los otros militares, dada la movilidad que les imponía su carrera, habían vivido fuera de la isla, lo que les había dotado de visiones más amplias y distintas. De manera que incorporaban estos matices y costumbres de otras tierras a la institución.

La Guerra Civil fue un sangriento trauma para Menorca, que se refleja, como no, en todos los ámbitos sociales y culturales de la isla. Gran parte de las muertes violentas habidas en nuestra tierra tuvieron su eco, en cada uno de los rincones insulares, aunque los periódicos de la época no las manifiestan, obligados por la censura a silenciar aquellos acontecimientos. Lo cierto es que gran parte de familias menorquinas se vieron afectadas por los luctuosos acontecimientos, formándose dos bandos antagónicos en la sociedad insular, que al

finalizar la guerra se mantuvieron distanciados, al marchar a Francia los más significados del bando perdedor de la contienda. Hasta nuestros días, casi a los 70 años de aquella tragedia, se advierten aún las consecuencias.

También el Ateneo sintió la pérdida de muchos militares, asesinados o neutralizados al perder su carrera, por lo que siguió viviendo una lánguida vida, que no se avivó hasta bastantes años después, cuando poco a poco se fueron incorporando todos los supervivientes de uno y otro bando al centro cultural, y los desaparecidos fueron sustituidos por nuevos miembros, recuperando al fin el Ateneo su ritmo habitual, superando plenamente todas las incidencias de una larga vida, hasta alcanzar sus cien años.

El presidente José Cotrina, que había sucedido a Don Antonio Victory al morir este en 1931, estuvo al frente de la institución hasta el mes de julio de 1936, en que, estando de permiso en Barcelona, recibió allí la noticia de que gran parte de jefes y oficiales del Regimiento de Artillería de Costa, que él mandaba, habían sido asesinados. Permaneció oculto en la ciudad condal para no sufrir la misma suerte que sus compañeros hasta que, terminada la guerra, volvió a Menorca. El Ateneo, al desconocerse su paradero, convocó a la Junta Directiva, que dimitió en bloque, y, renovada en su totalidad, eligió nuevo presidente (Juan Gomila) y demás cargos de la Junta. Durante la Guerra Civil presiden el Ateneo los señores Gomila, Garay, y Alzina. Esta institución no recupera su independencia hasta los años 1940, transcurrida la guerra y un periodo de la posguerra, para acabar con la enojosa tutela impuesta por ciertos organismos del Estado.

Hasta la Guerra Civil los dos presidentes de la institución fueron siempre militares, e incluso la secretaría estuvo cubierta casi todo este periodo por otro distinguido militar, Lorenzo Lafuente, que, de no haber sido asesinado en Cala Figuera al iniciarse la guerra, quizá hubiera llegado a la presidencia, a juzgar por su brillante actuación.

La gran influencia que los militares tuvieron en el Ateneo de Mahón durante el periodo anterior a la guerra quedó muy difuminada después de ella, y así como antes brillaron Antonio Victory, José Cotrina, Lorenzo Lafuente, Francisco Castell, Pedro Cardona, José Riera, Mariano Rubió, etc., en un periodo de unos treinta años después de la Guerra Civil fuimos pocos los militares que nos incorporamos a la Junta Directiva del Ateneo, yo entre ellos, y Lorenzo Lafuente, hijo del anterior secretario, en un periodo aproximado de setenta

años. Quizá la itinerancia habitual de la profesión militar, que obliga a frecuentes cambios de destino, y el empleo oficial, casi exclusivo, del catalán como lengua de comunicación retrajo un tanto la intervención de los militares, que empleamos el castellano como lengua oficial de comunicación, lo que no quiere decir que descartemos el uso de las demás lenguas, sino que para entendernos todos los españoles que formamos el Ejército necesitamos un idioma único.

La lengua menorquina siempre se empleó en el Ateneo, y en la *Revista de Menorca*, pero el idioma oficial y el más empleado fue siempre el castellano, hasta la creación de la comunidad autonómica de las Islas Baleares, porque facilitaba los fines universales del Ateneo, siempre abierto a lo nuevo y a aquello que nos permitiera la comunicación con el máximo de gentes, y qué mejor que un idioma universal, como el castellano, hablado por tantos pueblos, que nos permitiese a los menorquines ensanchar nuestros horizontes más allá de los límites de nuestra isla y del menorquín, que así mantenía sus puertas abiertas a todos los que llegaban a Menorca desde el primer momento y que no conocían nuestra lengua.

Un estudio realizado sobre el empleo del menorquín y del catalán en la *Revista de Menorca (Anatomía de una cultura* de Maria Luisa Canut y José Luis Amorós) nos ofrece la proporción entre el total de artículos publicados en castellano y los realizados en menorquín o catalán en las distintas épocas de la revista. De él deducimos que en los primeros catorce años casi ninguna de las colaboraciones fue escrita mas que en castellano, o en una mínima proporción en las otras lenguas, durante las cuatro primeras épocas de la *Revista* 1888-1902, o sea, antes de la fundación del Ateneo de Mahón.

En la quinta época de la *Revista* (1906-1934), ya cuando el Ateneo había hecho su aparición en la vida cultural de Menorca, de un total de 2110 publicaciones 185 son en lengua menorquina o catalana, de tal forma que, entre 1906 y 1921, los escritos menorquines son mayoritarios frente a los catalanes, mientras que entre 1921 y 1934 se invierte la tendencia pasando el catalán a ser mayoritario frente al menorquín.

La Guerra Civil y la posguerra posponen de nuevo el catalán frente al castellano, en la sexta época de la *Revista*, mientras que, en la séptima, el catalán pasa a ser lengua principal, e incluso en los Boletines del Ateneo y en sus juntas se emplea el catalán; la portada de la *Revista de Menorca* desde el

año 1987 es en catalán. Con esta medida se cierra la puerta a todo ciudadano español con cierto nivel cultural que al llegar a Menorca, y no conociendo la lengua catalana, desee tomar parte en la institución y por sus méritos pudiera formar parte de la Junta Directiva, ya que la barrera idiomática le impedirá colaborar con el Ateneo desde la junta, contraviniendo el espíritu abierto que siempre había tenido la institución.

Hasta no hace mucho tiempo el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón empleó el menorquín para lo más íntimo y familiar, mientras que el castellano lo fue con carácter oficial y como comunicación con el ámbito cultural español. En la *Revista de Menorca* puede verse el número de artículos en lengua menorquina publicados al principio según el estudio de Amorós y Canut, mientras que ahora es el catalán estándar el que ocupa un lugar preferente. Poco a poco nuestra lengua vernácula fue sustituida por el catalán, no solo en la *Revista* sino también en el Ateneo. Lengua catalana que se ha convertido en lengua oficial, pasando el castellano a un segundo término. Algunos consideraron que esta variación adulteraba el bilingüismo de la comunidad autónoma de las Islas Baleares y mermaba el universalismo que presidió los primeros tiempos del Ateneo.

Los pueblos nórdicos de escasa población, escandinavos y dinamarqueses, emplean el inglés como idioma de relación entre ellos por el escaso ámbito de sus lenguas nativas. Nosotros, los menorquines, nos encontramos en un caso similar, pero tenemos la fortuna de que el castellano, que ha sido desde hace siglos el idioma oficial de nuestra nación, tiene un amplio uso en todo el mundo, y nos ha servido y nos debería seguir sirviendo como lengua de relación universal. Cuando las facilidades de las comunicaciones relacionan cada vez más a todos los pueblos del mundo, se imponen los idiomas hablados por centenas de millones de personas. En otros tiempos, cuando los pueblos permanecían fijos en sus regiones, los idiomas podían mantenerse diferenciados en cada zona geográfica, hoy solo pueden emplear una lengua minoritaria los pueblos retrasados, aislados, y sin relaciones comerciales. La globalización que hoy unifica precios y productos, sin duda, alcanzará también a las lenguas, y lo único a que se puede aspirar es a tener una lengua de ámbito local y otra de proyección universal para relaciones culturales y comerciales. Nosotros deberíamos emplear el menorquín como algo íntimo, familiar, y el castellano como idioma universal de relación humana y económica.

La participación de los militares en la primera institución cultural de la isla fue destacada desde el principio, como hemos señalado. La construcción de la fortaleza de Isabel II de la Mola, en el puerto de Mahón, supuso un despertar en la aletargada vida económica insular, y supuso también la reunión, a principios del siglo XX, de un plantel de cultos militares de los cuerpos más prestigiosos, que constituían un grupo de personas de alto nivel técnico, que en el momento de la fundación del Ateneo Científico, Literario y Artístico se encontraban en Mahón, y acogieron con entusiasmo esta oportunidad de contribuir al éxito de esta empresa que ha sido capaz de superar un siglo de fecunda vida. La sociedad mahonesa, más allá del Ateneo, se benefició de los conocimientos de tantos especialistas, que sin duda colaboraron en la creación de las pequeñas industrias que nacen en esta época.

Veamos cómo evolucionó la milicia y la defensa de Menorca en el transcurso de los cien años de vida del Ateneo de Mahón

A principios de siglo, el Ejército Español en Mahón, como hemos esbozado al inicio de nuestra exposición, ocupaba una posición destacada por la entidad de la guarnición y por el nivel cultural y técnico de su plantilla de jefes, oficiales y suboficiales que se distribuían por la geografía insular, pero la fortaleza de Isabel II en la Mola del puerto de Mahón era la pieza clave de la defensa de Menorca. Esta península a la entrada del puerto constituía a principios de siglo XX una posición artillera de primer orden con un denso despliegue de cañones y obuses de los últimos modelos de aquella época (Krupp, Ordóñez, Munaiz-Argüelles, Nordenfelt), que defendían el puerto de Mahón y su zona marítima inmediata. La infantería llegó en algunos momentos a disponer de dos regimientos, aproximándose la guarnición de Menorca a los dos mil hombres, en el primer tercio del siglo XX.

La dictadura del general Primo Rivera inicia la modernización de la defensa artillera, que la 2ª República confirma, refrendando la compra a la fábrica inglesa Vickers de los potentes cañones que artillaron las baterías de la Mola-Favàritx-Llucalari y Biniacolla, que defendían el puerto de Mahón, pero con mayores alcances, incorporando la defensa antiaérea de la Base Naval de Mahón con tres baterías en Milà, Turó y Biniarroca. Con este despliegue se iniciaría la Guerra Civil de 1936.

Durante la contienda civil el coronel Brandaris despliega todo el material de artillería por el contorno de la isla, porque la defensa artillera a pesar de sus mayores alcances solo contemplaba la defensa del puerto de Mahón y de la zona marítima de aproximación a la isla, y ahora se precisaba cubrir todo el litoral para evitar desembarcos en cualquier punto de la costa menorquina. Terminada la guerra se mantuvo el despliegue defensivo por toda la isla al coincidir con la II Guerra Mundial, y acabada esta, la “guerra fría” obligó a tener a la isla en estado de guerra unos años más.

Así pues, la guarnición de Menorca llegó a superar los tres mil hombres durante años, hasta que las tensiones mundiales fueron desapareciendo. Se inicia entonces la desmilitarización de la isla hasta que, a finales del siglo XX, Menorca ha quedado desmantelada y sin guarnición.

Vemos, pues, que en el siglo XX, en el que el Ateneo nace y se desarrolla, la milicia pasa de una guarnición numerosa, con despliegues artilleros y humanos a lo largo y ancho de Menorca, y fuerte presencia en el Ateneo, a desaparecer totalmente, lo que coincide con la creación y el desarrollo del Ateneo hasta el momento actual, en el que la presencia militar la mantienen unos pocos retirados del Ejército.

Haremos ahora una breve reseña biográfica de los militares más destacados en la vida del Ateneo de Mahón como lo fueron: Antonio Victory Taltavull, José Cotrina y Lorenzo Lafuente.

ANTONIO VICTORY TALTAVULL (1861-1931)

Nace en Mahón el 24 de junio de 1861. Fue presidente del Ateneo desde su fundación y durante 25 años, hasta su fallecimiento. Fue alcalde de Mahón, dejando muy grato recuerdo por sus obras.

En 1882 ingresa en la Escuela de Estado Mayor del Ejército, saliendo graduado de alférez el año 1885. Regresa a Menorca en 1892, después participa en la campaña de África en el año 1893. Más tarde, participa



también en la guerra de Filipinas, en 1897-98, en donde tiene una actuación brillante, siendo condecorado y siendo hecho prisionero de los Estados Unidos, regresando posteriormente a España.

De regreso en Menorca (1904-1911), ocupa el destino de Ayudante de Campo del General Francisco Galbis Abella, Gobernador Militar de la isla.

Participa en la Extensión Universitaria creada a principios de 1904, bajo la dirección del Dr. Rodríguez Méndez, donde surge la idea de fundar un Ateneo, tomando como norma el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid.

Sus dotes de organizador y su amor a Menorca le llevaron a la presidencia del Ateneo de Mahón por aclamación unánime, puesto que ocupó hasta el día de su fallecimiento en el año 1931.

En la presidencia desarrolló toda su actividad, que le permitió escribir una serie de monografías y artículos periodísticos con el pseudónimo de “Un mahonés” que tratan temas bien diversos: desde la defensa de Menorca, los históricos, los de la docencia, hasta los de política local.

Al advenimiento de la dictadura, se encarga de la alcaldía de Mahón, por su antigua amistad con el general Primo de Rivera. Ocupó por dos veces este cargo, siendo su lema: engrandecimiento, embellecimiento, administración y cultura. Introdujo mejoras en la ciudad en beneficencia, sanidad, instrucción pública, cultura y policía urbana. Patentes quedaron en la ciudad las mejoras llevadas a cabo: la pescadería de la cuesta de la Abundancia, el grupo escolar de la avenida J. M. Quadrado de Mahón, pavimentación de calles y apertura de nuevas vías, alcantarillado, creación de la Escuela de Trabajo, impresión del catálogo del Archivo Municipal, parque y jardines, etc.

Llevó a cabo su tarea con dedicación y aplicó su entrañable cariño por Menorca, y en especial por Mahón, a su obra como alcalde de la ciudad.

Fue un hombre honrado y austero en sus costumbres, que dada su posición desahogada pudo haber vivido tranquila y holgadamente, pero prefirió dedicar su innata actividad a su ciudad y conciudadanos.

Sus colaboraciones en la *Revista de Menorca* son muy numerosas, y entre ellas cabe destacar las siguientes:

“Influencia de la guerra sobre la ciencia y las artes”

“Menorca en la primera década del siglo XX. Prólogo”

“Política naval menorquina”

“El servicio radiotelegráfico militar en España. Estación de Mahón”

“Plazas, calles y caminos”

“El mando militar de Menorca”

“La Base Naval de Mahón y las reformas militares en Menorca”

“Gobierno de sir Richard Kane en Menorca (1712-1736)”

“Problemas urbanos de Mahón. Abastecimiento de agua y alcantarillado”

“Necesidad de completa y combinar las defensas marítimas y terrestres”

“Los factores del progreso en Menorca”

JOSÉ COTRINA FERRER (1878-1953)

Nace en Valencia en 1878, estudia derecho, ingresa en la Academia de Artillería de Segovia, de donde sale graduado de teniente de artillería. Llega a Menorca a finales del año 1913, y en 1914 ya es socio del Ateneo, donde ejerce de secretario de la Sección de Ciencias Políticas y Sociales. Más tarde ocupa el cargo de archivero, y después el de bibliotecario, hasta 1931, año en el que al fallecer el presidente Antonio Victory es nombrado presidente por aclamación.



Arraiga en Mahón al contraer matrimonio con doña Rosario Colorado, de distinguida familia mahonesa, no teniendo descendencia.

Alcanza el grado de Coronel del Regimiento de Costa de Menorca en 1935. La Guerra Civil le encuentra de permiso en Barcelona, librándose de la muerte, como les aconteció a la mayoría de sus compañeros militares destinados en Menorca.

El Ateneo, en 1947, le tributa un merecido homenaje, nombrándole presidente honorario de la institución. Fallece años después en Barcelona, el día 2 de febrero de 1953, dejando un merecido recuerdo.

Su producción literaria es fecunda y se puede encontrar en la *Revista de Menorca*, en el *Memorial de Artillería*, y su pulida oratoria la desarrolló en la tribuna del Ateneo de Mahón.

Fue miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia por Baleares en la ciudad de Mahón.

Entre sus obras destacan las siguientes:

“Miscelánea histórica menorquina”

“Tres días de campo”

“Don Emilio Molins y Lemaur”

“La novela de Menorca. Piedras y viento de Mario Verdaguer”

“Sobre los ilustres varones menorquines”

“Binimelis y Menorca”

“Los valencianos en la conquista de Menorca”

“Un menorquín en la Universidad de Valencia”

“La historia de Armstrong juzgada en el siglo XVIII”

“Menorca en el Museo de Artillería”

“Última rendición de Mahón y su puerto a los ingleses”

“La demolición del castillo de San Felipe”

“Visitantes de Menorca: Collingwood, el Cardenal de Retz, Nelson”

“Impresiones de Menorca”

“El Colegio de Artillería en Menorca”

“Consideraciones menorquinas sobre la reconquista de Mallorca”

“La reconquista de Ibiza”

“El desastre de 1798”

LORENZO LAFUENTE VANRELL (1881-1936)

Nació en Mahón el 1 de abril de 1881. Título de Bachiller en 1897. Ingresó en la Academia de Infantería de Toledo en 1900. Su primer destino de teniente es Mahón, donde colabora desde su llegada en la Extensión Universitaria con Pérez de Acevedo y en el Ateneo de Mahón desde su fundación hasta su muerte, en Cala Figuera el 16 de noviembre de 1936.

Su presencia en el Ateneo es continua, a excepción de los años 1924-26 en los que toma parte en la guerra de Marruecos.

Sus dotes literarias son destacadas y se ma-



nifiestan ya en la Academia donde crea un periódico: *El pequeñín de la Prensa*. Al llegar a Mahón, crea y dirige la *Página Menorquina* en el periódico *El Bien Público*. En la *Revista de Menorca* su participación sobrepasa los cien trabajos. Según Andrés Casasnovas, es “una de las publicaciones más acertadamente enfocadas y desarrolladas y que con mayor eficacia consiguieron rescatar del olvido los valores costumbristas, históricos y literarios de Menorca”.

Su oratoria, brillante, la desarrolla principalmente en la tribuna del Ateneo de Mahón donde también su participación es fecunda.

Entre sus obras debemos citar las siguientes:

“Oficialidad del ejército inglés de guarnición en Mahón en 1711”

“Byng y La Galissonière”

“La industria de la plata en Menorca”

“La obra educadora del señor Acevedo”

“Mueblaje. Los estilos ingleses en Menorca”

“La casa mahonesa en el último tercio del siglo XVIII”

“Comentario a las obras del literato menorquín Á. Ruiz y Pablo”

“Menorca en la literatura”

“Geografía e historia de Menorca”

“Como se vive”

“Lo grande y lo pequeño”

“Página menorquina” de *El Bien Público*

“Biografía del Ilmo. Sr. D. Enrique Fajarnés y Tur”

“Madame de Pompadour y la expedición del duque de Richelieu en 1756”